

chazado (junio 12). No desistió por esto de su empeño. Conoció la idea de flanquear las posiciones fortificadas que cerraban las avenidas de los valles de Aragua, por la parte meridional del lago, llevando el ataque por sendas extraviadas. El éxito coronó su audacia. Sorprendidos dos destacamentos que guarnecían la línea por el flanco, y ocupadas por los realistas las alturas de Maracay, Miranda, con un ejército superior en número, emprendió precipitadamente la retirada en la noche, incendiando sus depósitos de víveres y aun de municiones (17 de junio). Este movimiento retrógrado, que revelaba timidez, fué severamente criticado y aumentó el descrédito del generalísimo. Vióse claramente que en su cabeza no había inspiraciones salvadoras, ni en su alma la suficiente energía para infundirla á las tropas republicanas, tan desmayadas ya por las calamidades públicas y los repetidos contrastes.

Miranda se situó con su ejército en Victoria, cubriendo á Caracas. Hacía tres días que ocupaba esta posición, cuando inopinadamente fué atacada su línea de guardias avanzadas por algunas compañías dirigidas por Monteverde en persona. Los dispersos introdujeron la confusión en su campamento. Pero el generalísimo con gran valor y sangre fría, restableció el orden y repelió el ataque, obligando al enemigo á retirarse en desorden. Monteverde, débilmente perseguido, reunióse al grueso de sus fuerzas, que alcanzaban á 3,100 hombres; volvió caras, y se hizo fuerte en el Cerro-grande frente á Victoria. Miranda, persistiendo en su sistema defensivo, se encerró en Victoria, fortificando sus calles con trincheras y 28 piezas de artillería. Reforzado Monteverde con la división de Antoñanzas, que regresaba de los llanos, triunfante y manchada de sangre, emprendió un segundo y formal ataque sobre la ciudad fortificada. El resultado fué un rechazo completo, después de un día entero de pelea, en que los realistas sufrieron considerables pérdidas, agotando todas sus municiones

(29 de junio). Si Miranda hubiera sabido aprovecharse de esta ventaja, habría concluido quizás con el ejército realista. Tan debilitado quedó éste, que en una junta de guerra se resolvió la inmediata retirada á Valencia. Un consejero del jefe español, le persuadió á que aguardase tres días. Transcurridos los tres días, la revolución de Venezuela estaba perdida.

VIII

El 24 de junio (1812) estalló en los valles al sud-este de Caracas una insurrección general de los esclavos, promovida por las armas españolas, que antes de entregarlos libres para el servicio de la república, según el decreto dictatorial de Miranda, preferían ponerles las armas en la mano para que combatesen contra ella. — La reacción continuaba desenvolviendo las fuerzas revolucionarias que debían volverse contra ella. — Los negros, entregados á sus instintos y sin dirección, cometieron todo genero de excesos; asaltaron varios pueblos, cebándose en la población blanca, y llegaron hasta la misma ciudad de Caracas indefensa, viéndose Miranda obligado á desprender algunas fuerzas para protegerla. Pocos días después (30 de junio) el pabellón español flotaba en las murallas de Puerto-Cabello, depósito de los elementos de guerra de la república. La custodia de esta importante plaza, había sido confiada al coronel Bolívar. Existía allí un número considerable de prisioneros españoles, los que, aprovechándose de una ausencia de Bolívar, sublevaron la guarnición de la ciudadela y se hicieron dueños de ella. El jefe de la plaza, con el resto de la guarnición acantonada en la ciudad, hizo varios esfuerzos por someter á los sublevados. Sus guardias avanzadas se pasaban en masa al enemigo. Á los tres días

(4 de julio), supo que Monteverde marchaba en sostén de la sublevación. Desprendió á su encuentro los últimos 200 hombres que le quedaban, los que fueron completamente batidos, regresando á la plaza tan sólo un jefe con 7 soldados. Bolívar tenía aún 40 hombres, que al saber este contraste lo abandonaron. Para salvar su vida, vióse obligado á embarcarse en compañía de 7 oficiales, y se dirigió á la Guayra. Desde Caracas, escribió al generalísimo dándole cuenta de este desastre: « Lleno de vergüenza, después de haber agotado todas mis fuerzas físicas y morales, ¿ con qué valor me atrevería á escribirle habiéndose perdido en mis manos la plaza de Puerto-Cabello? Mi corazón está destrozado, y mi espíritu se halla de tal modo abatido, que no me hallo en ánimo de mandar un solo soldado. Ruego se me destine á obedecer al más ínfimo oficial, ó se me den algunos días para recobrar la serenidad que he perdido. — Después de haber perdido la primera plaza del estado ¿ cómo no he de estar loco? De gracia, no me obligue á verle la cara! No soy culpable, pero soy desgraciado, y basta » (17). Al recibir esta infausta nueva, Miranda exclamó: « Venezuela está herida en el corazón! »

Todo el occidente y los llanos de Venezuela estaban ocupados por las armas realistas, y al oriente, dominaban ambas márgenes del Orinoco, lo mismo que todas las costas marítimas. La insurrección de los negros esclavos, había avanzado á sangre y fuego, y amenazaba á Caracas con el exterminio. La opinión herida de pavor por la catástrofe del terremoto ó quebrada por los contrastes y la miseria, era una fuerza inerte contraria á la revolución. Apenas si un tercio del territorio quedaba á los independientes. En tan angustiosa situación,

(17) Ofi. y carta de Bolívar á Miranda de 12 de julio de 1812. Véase Rojas: « El General Miranda », pág. 646 y sig.

la pérdida de Puerto-Cabello, fué un golpe mortal. Si bien el ejército constaba de más de 5,000 hombres, una gran parte eran reclutas forzados, y la otra, gente acobardada, que desertaba diariamente en grupos al enemigo. El general no tenía confianza en sus tropas, ni sus subordinados en él. El desaliento ó la irritación era general. Todos acusaban á Miranda de ser el causante de las calamidades que sufrían, y algunos le llamaban traidor. El dictador desesperó de la causa de la república, y aconsejado por una junta de gobierno que convocó en su cuartel general, resolvió abrir negociaciones pacíficas con el enemigo.

Á fin de obtener mejores condiciones, Miranda llevó un ataque parcial sobre la línea avanzada del enemigo, y consiguió sorprender y derrotar algunas grandes guardias. En seguida propuso una suspensión de hostilidades para tratar de la pacificación. Monteverde aceptó, pero bajo la condición de que las tropas reales pudiesen continuar avanzando hasta Caracas. Miranda formuló nuevas proposiciones, autorizando á sus comisionados á firmar una capitulación que garantizase la libertad y las propiedades de los comprometidos en la revolución. Algunos oficiales del ejército, intentaron promover una protesta contra esta política que tachaban de cobarde. Propalaron que debía deponerse al generalísimo para emprender la guerra con vigor. Con seis mil hombres podía y debía atacarse al enemigo. La victoria salvaba la situación. En la derrota no se perdía más que lo que iba á perderse por la capitulación, que era la sumisión sin gloria y sin garantías. Los que así razonaban sobre una base numérica, sin tomar en cuenta las fuerzas morales, que era el factor que dominaba la situación, ó eran excepciones de la desmoralización colectiva ó se daban el aire de héroes á poca costa, con la conciencia de que todo estaba perdido, y que sus proclamas no encontrarían ecos. El generalísimo, que no había tenido inspiraciones para salvar una situación fatalmente

perdida, por complicaciones extraordinarias de que la historia presenta raros ejemplos, y que, aun habiéndolas tenido, probablemente no habría encontrado entusiasmos y brazos fuertes para ejecutarlas, tuvo la fortaleza de la tremenda misión que había aceptado. Fácil le fué al dictador dominar esta agitación facticia de última hora, imponiendo á todos la paz, que era lo que todos querían. Hay días nefastos en la vida de los pueblos, en que, ni aun fuerzas tienen para el sacrificio, cuando el sacrificio es preferible á la sumisión. Entonces eligen una víctima expiatoria á quien atribuir la cobardía de la colectividad impotente para pelear ó para morir. Venezuela pasaba por esos días, y necesitaba pasar por la dolorosa prueba de soportar el duro yugo de la reacción triunfante, para formar su conciencia, rehacer sus fuerzas y triunfar en la batalla por su independencia. La capitulación, con ser una triste derrota, haría más por ella que una victoria pasajera, que nada habría consolidado en la situación por que pasaba Venezuela en aquellos días.

Los comisionados del dictador, ajustaron con Monteverde una capitulación, sobre la base de la entrega del territorio independiente y de todo el material de guerra de la república; la seguridad para las personas y los bienes de los habitantes en el territorio no reconquistado; la concesión de pasaportes á los que quisiesen abandonar el país, y una amnistía general por opiniones políticas, poniéndose en libertad á todos los prisioneros de guerra de una y otra parte. Monteverde concedió cuarenta y ocho horas para aceptar ó denegar estas capitulaciones. Miranda no se atrevió á ratificarlas, y procuró modificarlas, pero al fin, tuvo que autorizar á sus comisionados á pasar por todo. El hecho quedó consumado, con la denominación de capitulaciones de San Mateo con que han pasado á la historia. Desde este momento, el dictador sólo se ocupó en proveer á la seguridad de la emigración de los patriotas, que era la consecuencia de un arreglo que no tenía

más garantía que el beneplácito del vencedor reconocido. Al efecto, mandó cerrar el puerto de la Guayra, para impedir la salida de los buques neutrales, que era el último refugio, y se trasladó á Caracas, para cumplir de buena fe el compromiso de la entrega pacífica de la ciudad, dejando órdenes para la evacuación de Victoria. El ejército que la ocupaba, una parte se pasó en masa al enemigo, y el resto se dispersó en la marcha hacia Caracas.

IX

El 30 de julio entraba Monteverde triunfante á Caracas, y rompía de hecho la capitulación, imponiendo la dura ley del vencedor, sin condiciones y sin misericordia. En el mismo día, era entregado á sus verdugos y consagrado al martirio por la mano de sus adeptos, el precursor de la emancipación del nuevo mundo meridional, y entre ellos, por el que debía coronar su obra, libertando toda la región equinoccial de la América del Sud.

Era comandante militar de la Guayra el coronel Manuel María Casas, y jefe político el doctor Miguel Peña, elegidos ambos por Miranda como patriotas probados, para asegurar la salvación de los comprometidos en la revolución. Abruado de penas y fatigas, llegó Miranda á la Guayra, el 30 de julio á las 7 de la noche, y se hospedó en la casa del comandante. El capitán Haynes del buque inglés *Záfiro*, que había ofrecido á Miranda recibirlo á su bordo, donde tenía ya su equipaje, invitó para que se embarcase esa misma noche, porque deseaba dar la vela antes que se levantara la brisa de tierra en la madrugada. Casas, Peña y Bolívar, que tenían su plan, dijeron que el general estaba muy fatigado para embarcarse, que la brisa no se levantaría antes de las 10 de la ma-